



# CUESTIÓN DE FE

CAJA NAVARRA  
TE DESEA  
UN AÑO 2010 CÍVICO

can 

PIONEROS EN BANCA CÍVICA

MARÍA CEREIJO  
GANADORA DEL SEXTO CERTAMEN  
CAJA NAVARRA  
DE CUENTOS DE INVIERNO

¿Qué haríamos si de pronto, en plena calle, un desconocido nos pidiera dinero prestado con la promesa de devolvérselo? María Cereijo (Madrid, 1975) se basa en un hecho real para contarnos una historia con la que nos invita a recuperar la confianza en el ser humano. Las ilustraciones de Beatriz Menéndez remarcan el valor que este relato concede a la palabra.

# CUESTIÓN DE FE

MARÍA CEREIJO  
GANADORA DEL SEXTO CERTAMEN  
CAJA NAVARRA DE CUENTOS DE INVIERNO  
ILUSTRACIONES: BEATRIZ MENÉNDEZ



La culpa la tiene el geranio, bueno, el geranio y esta afición mía a jugar al fútbol. Porque yo siempre había querido ser futbolista y me pasaba las tardes en el descampado de detrás del colegio jugando con mis compañeros y cuando ellos se iban a hacer los deberes yo aún me quedaba un rato más ensayando derrapes y esquivando contrincantes imaginarios. Y era muy bueno, no se crea, pero mis padres no creyeron en mi talento y decidieron unilateralmente que debía dedicarme a estudiar y un día ya no me dejaron bajar al descampado. Si hubieran esperado unos meses más se habrían ahorrado la culpa de haber frustrado una brillante carrera entre trofeos, campañas publicitarias multimillonarias y bellas mujeres, porque el solar lo compró una multinacional para convertirlo en un flamante centro comercial de esos con cines, muchas tiendas y

5



un supermercado, que no me gustan. Y no es por resentimiento, simplemente es que no me gustan.

El caso es que acabé en la facultad de Derecho para ser un abogado respetable y opulento, al menos eso quería mi madre. Lo de la opulencia estaba claro que no era lo mío, así que acabé de funcionario de la administración central. Y así, llevo ocho años poniendo sellos en expedientes. Todos los días lo mismo. ¿Usted cree que se me caerá la uña? Está muy morada ¿No?

Pues eso, todos los días es igual, salvo los jueves. Desde hace unos meses, no faltó a la cita semanal del partido de fútbol. Vamos tres de la oficina y allí nos juntamos con otros tipos del barrio, bastante simpáticos, por cierto. Aunque sé poco de ellos. La verdad es que llegamos, jugamos el partido y volvemos a casa rendidos del todo. Le podría haber mentado y decirle que el golpe me lo he dado rematando contra la portería. Pero es que ese no es mi estilo. Miento fatal. ¿Ve? Esa es otra de las razones por las que tengo el pie así, ¡ay!

7

Bueno, pues hace un par de semanas cuando regresaba del partido un tipo de rasgos orientales me paró en plena calle. Llevaba una guitarra al hombro y parecía desubicado. Hablaba un inglés casi tan malo como el mío por lo que me costó mucho deducir que le habían robado su bolsa de viaje y que se había quedado sin nada. Le miré de arriba abajo y pensé que no mostraba mal aspecto aunque iba poco abrigado para el invierno tan gélido que nos ha tocado este año. No tenía por qué dudar de sus palabras. No me mire así, enfermera.

Pronto anochecearía y una niebla densa de cristales helados iba colándose por todos los rincones y no iba a dejarle en la calle en esas circunstancias así que decidí invitarle a casa. Menos mal que Alicia no estaba. A ella le habría dado un patatús. Estuvimos tratando de entendernos a lo indio durante un par de horas mientras comíamos unos bocadillos que hice con sobras que encontré en la nevera. Me contó que estaba esperando a unos amigos con los que iba a dar un concierto no sé dónde y que llegarían en un par de días.

8

Y, entiéndalo, no podía quedarse porque Alicia estaba a punto de venir y no le iba a gustar nada de nada, pero tampoco podía echarle a la calle así, sin más. Por eso decidí prestarle cien euros para que al menos pudiera pagar un hostel donde pasar la noche y mantenerse hasta que llegaran sus colegas. Para que me lo pudiera reembolsar le di mi número de cuenta y se marchó muy agradecido diciéndome que en cuanto pudiera, me devolvería el dinero.

El problema es que no sé estar calladito y se lo conté a Alicia. Y claro, ella pensó lo mismo que usted está pensando ahora. Bueno, no lo pensó, me lo dijo. Me dijo que era medio idiota y que acababa de perder mi dinero aunque ése era un mal menor. Lo que más le preocupaba es que había metido en nuestra casa a un completo desconocido o reconocido timador, recalcando la segunda opción. Yo, tratando de equilibrar mi sentimiento de candidez, me hice fuerte en la indignación, mostrándole mi seguridad en que aquel desconocido me devolvería el favor.

Lo de menos era el dinero, que teniendo en cuenta que acabo de arreglarme tres muelas,

10



debiera haber sido lo de más. Pero no era así. Se trataba de un asunto de confianza en el ser humano. Y yo estaba dispuesto a hacer descansar mi fe en toda la especie basándome en el gesto de un solo individuo.



Y pasaron los días y fui contando la historia a mis amigos. Unos me miraban condescendientes y otros se reían sin ningún tipo de piedad. Pero yo seguía en mis trece aunque he de confesar que según pasaba el tiempo mi fe inquebrantable lo era cada vez menos.

Pasada la primera semana, ya nadie me preguntaba por el incidente del guitarrista oriental. Unos porque ya se habían cansado de hacer chistes fáciles con el tema y otros porque veían que mi estado empezaba a ser frágil y que andaba enfurruñado con el mundo y a punto de mandar a hacer puñetas la fe y todas esas zarandajas. Tenga cuidado que me duele.

El caso es que esta tarde, al regresar a casa, recogí las cartas del buzón y entre el recibo del gas, el de la luz y un par de folletos de comida a domicilio, estaba el extracto del banco. Mientras subía las escaleras, abrí el sobre y... no había ningún ingreso. Entonces ahí estaba la maceta con el geranio que en ese momento me pareció especialmente horroroso y sin pensar, con



12

toda la fuerza de mis años de partidos en el descampado de detrás del colegio, con toda la intensidad de mi orgullo dolido, con toda mi fe en el ser humano tirada por las escaleras, lancé el pie contra el tiesto.

Alicia salió alarmada por el ruido del barro y por mi grito, y me encontró sentado en el descansillo agarrándome el dedo con las dos manos, hecho un ovillo. Me tendió su brazo para que me pudiera poner en pie y al levantarme, entre restos de maceta, tierra y pétalos sonrosados, vi algo blanco y me agaché para recogerlo. Era un sobre en cuyo interior había unas invitaciones para el concierto de Nochebuena en el auditorio y cien euros.

Y ahora nieva y habrá atasco pero, enfermera, ¿usted cree que llegaremos a tiempo?

14